



Como boca de pez interrogante Itziar Ancín

Pamplona, Editorial Pamiela, 2021

VIAJAR ES CASA

COMO BOCA DE PEZ INTERROGANTE es el segundo poemario publicado de Itziar Ancín. Y a la vez es el primero: antes de los *agostos clandestinos*, antes de que *Me desharé en palabras* se convirtiera en el número 195 de la colección Planeta Clandestino, antes de todo eso ya existía *Como boca de pez interrogante*. Aunque no había terminado de nacer. Aunque no se llamara así.

Este es un poemario de elaboración lenta, reposada, que se alargó en el tiempo. Hay que echar atrás el calendario e imaginarse a la autora subiendo a un avión. Volviendo a casa. Dejando tras ella un país y doce meses de aprendizajes, otra vida. Y así veo a Itziar: sosteniendo con una mano la maleta pequeña y girándose para atrapar la última imagen de Marruecos. Quizá despidiéndose de alguien. Avanzando lenta. Volver, decir adiós, terminar la aventura. Lo que no sabía es que en el avión iba a escribir el primer poema de este libro: «Sobre estas nubes / bajo este cielo azul / [...] / me dirijo hacia mí / para nunca volver». Lo que no sabía es que empezaba otro periplo, este en el que página a página la acompañamos.

La cita que abre el libro ya anticipa el viaje: «El rojo de mi amada es tal / que allí donde mire, lo veo. Salí en busca del rojo / y en rojo me convertí»

(Kabir, tradición oral, India, siglo XV). Lo que viene es búsqueda, es movimiento, es ir dibujando una ruta que tiene volumen, que tiene carne. Es salir, dar los primeros pasos y atreverse a continuar: pero sin saber mucho de quién será la mujer que vuelva a casa.

Cada uno de los apartados del libro conforma las etapas del viaje. «Las esferas que ralentizan sus órbitas blancas» es la primera. Aquí, la felicidad y el amor nos hacen olvidarnos del tiempo y el espacio: «He pasado horas en los círculos / enredada en esta espiral ascendente / que no conduce a ninguna parte». En la siguiente fase, «Maletas llenas de viento», nos ocurre el dolor y con él la experiencia del espacio y el tiempo cambia de manera radical. Lo vivimos con intensidad, pero a la vez estamos fuera de ellos: «Mil canales de luz, de barro y ratas muertas / que se abren tras mis pasos / y giran / en la noche callada / como boca de pez interrogante». Al seguir el recorrido, «Por el precipicio de los círculos concéntricos», el dolor nos sigue arrastrando, tira de nosotras y nos hunde: «Y el niño que no acaba de nacer / se retuerce todavía / dentro de mi vientre». El último tramo, «Las escamas del enigma», conecta de nuevo con el pez y nos trae a las preguntas: se ha hecho un vacío desde el que florecer. «Aprender a la inversa / –alegría súbita–».

A lo largo de este deambular hay imágenes que nos atraviesan. Algo cae de repente: «Pesadas toneladas / las maletas llenas de viento; / suben hasta tocar el universo / de puntillas / y bajan un día / súbitamente / hasta estrellarse en el asfalto». Por contraste, algo se eleva: «La ciudad se hace etérea. / Se evapora a la inversa». Conectando ese vaivén, lo sensorial está muy presente: «Arpa y siete palabras // Parece que metiera / los dedos en el agua. / Como una ninfa / salpica con sus notas». Y, por supuesto, no habría viaje sin dejar hablar al cuerpo: «El cordón umbilical pende entre las dos. / Se desangra sin mí / sobre el abismo / al otro lado / de este puente colgante».

Todas esas imágenes conectan con el poemario *Me desharé en palabras*. Algo se desploma: «caíste como una estrella del cielo / me rompiste en el impacto las manos». Algo se eleva: «me expandí, como una balsa de silencio / se derrumbaron los muros de mi casa / y floté entre la atmósfera y la galaxia». Lo sensorial: «ha amanecido una oruga / sobre mi piel / como una criatura que hubiera dado a luz mi fantasía / en forma de mujer-ciervo-agua-junco». El cuerpo: «si no soy viento / al menos / me brotan atisbos de plumas en la piel // si no logro evaporarme / me desharé en palabras».

Acompañadas de la autora, volvemos. Cerramos el libro y parece que termina el recorrido. Nos queda noche para soñar y hojas de cuaderno por si acaso algo merece rescatarse. Quizá nos despertemos de madrugada y queramos sentirnos a salvo. Abramos de nuevo el libro, que viajar es casa:

Tras el hambre y el exilio
en medio de los escombros
algo ha permanecido:
un hogar,
cuatro paredes,
dos niñas,
este cuerpo.

MARTA SOLANAS DOMÍNGUEZ



Ramas para un nido Luisa Antolín Villota

Madrid, Tigres de Papel, 2020

UN LUCAR HABITABLE

CON ESTE LIBRO presenta Luisa Antolín Villota su tercer poemario y rebasa un tanto la década que con él ha cumplido ya su obra publicada. Un breve recuento no del todo fiel a los ritmos y tiempos propios de la escritura de Luisa, que nos permite recordar la aparición en 2009 de su primer libro *Descubrimiento de la herida* y el que le siguió, en 2015, *Salir de casa*, ambos publicados en ediciones Vitruvio. Si aquel primer título aludía claramente a la propia experiencia poética, el *descubrimiento* era también la sensación que experimentaba el lector al entrar en contacto con una voz cierta y completa que ha venido dando expresión de algo esencial: la poesía es una forma estar en la realidad, de hacer de lo real experiencia propia e íntima. No en vano encontramos en los referentes poéticos de Luisa y como presencias constantes a María Zambrano, Antonio Gamoneda o Margarita Ballester, entre otros ciertamente, pero estos, siempre necesarios.

Tiene Luisa la virtud de hacer de los títulos algo así como pequeños emblemas de su propia poética. Está en sus libros anteriores y, sin duda, en este. Bien advertimos en *Ramas para un nido* la alusión inequívoca a un lugar propio, un espacio habitable, «respirable» y de algún modo presidido por la conciencia de